

Interior mina y Cuentos mineros
René Poppe
La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, 2020

Mauricio Murillo
Universidad Mayor de San Andrés

Quien ha entrado a la mina para trabajar en ella, que le dedica sus días, que pasa más tiempo en su interior que afuera, no termina de irse de la mina, de salirse. Es una de las afirmaciones más contundentes y simbólicas de *Interior mina* de René Poppe. Es, además, un mantra que se repite en varias partes del libro. Podemos leer esta propuesta y contrastarla con la de *Cuentos mineros* en un volumen que recién ha presentado la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia. Se puede leer en estos dos libros la mina como laberinto, la mina como sepulcro, la mina como hueco si fin. “[C]omencé a introducirme en las entrañas de la tierra” (p. 71), dice el narrador de *Interior mina* cuando entra por primera vez a la mina. Es en esas entrañas que se queda aunque haya salido.

Interior mina es un libro testimonial. Se lo puede definir así por no encontrar un mejor término. No es un libro de no ficción ni de periodismo narrativo. Tampoco es una novela. Esta es una de sus características más ricas. Poppe relata su experiencia trabajando como minero, un poco como una bitácora, un poco como un diario. Su narración está construida en la experiencia y es la voz en primera persona que dirige el relato cotidiano. En este libro, uno de los tópicos que se repiten, como se ha visto arriba, es, por ejemplo, que uno llega a trabajar a la mina por tres meses y se queda veinte años. Nadie se va, le repiten a Poppe varios mineros que van trabajando años en las entrañas de la tierra. La paradoja acá es que Poppe solo está ahí por cuatro meses, pero no se va; es decir, la advertencia se hace carne en él, que narra su experiencia minera. Desde el inicio del libro, cuando va llegando a Llallagua, antes de meterse a la mina ya se ha metido en ella. “Desde que anocheció no era posible distinguir el cielo nublado de la tierra oscurecida. Todo era igual alrededor” (p. 67). En la noche todo es oscuridad, como será adentro, entre las galerías.

La presencia más importante adentro no es la del mineral o la del minero, sino la del Tío. *Interior mina* lleva esta dedicatoria: “Al Tío de la mina, a la China Supay, a la Vieja, a los malignos. Sobre todo, a los mineros de siglo XX” (p. 65). En el libro, varios de los momentos claves son cuando Poppe está en presencia del Tío. La primera vez que lo ve, por ejemplo, o cuando explica que los Tíos los hacen los mineros con sus propias manos (Poppe hace uno, también).

Frente al trabajo de minero, está otra paradoja: la de la escritura. En una escena, Poppe le explica a un compañero minero que quería conocer la vida del trabajador “para obtener materiales para literaturizarlos” (p. 81). En otra, porque lo ven “blancoide”, repone “que estudiaba Filosofía y que vine a conocer el trabajo minero” (p. 82). Entonces, Poppe, desde la honestidad de su escritura, no asume el rol de los mineros: trabaja como ellos, pero sabe que no puede ser ellos. Como cuando hablan en quechua y él no entiende “una sola palabra” (p. 85). Hacia el final del libro, Poppe dice que las páginas de su cuaderno se están acabando. Este espacio ya completo marca también el fin de la experiencia minera. Con el fin del papel se acaba la escritura y con eso se acaba su trabajo en la mina. Así también se marca la característica principal del libro de ser testimonio: sin experiencia, no hay escritura.

El otro libro que reúne este volumen de la BBB se aboca a la ficción. *Cuentos mineros* es un conjunto de relatos sobre personajes ligados a la mina. En este caso, Poppe elabora narradores distintos y focaliza los cuentos en distintos personajes y sus experiencias. El primer relato, “*Kboya loco*”, funciona como una suerte de poética. El título del cuento quiere decir “loco de la mina”. Poppe vuelve al tópico de no poderse ir de la mina: “[el nuevo] después no se quiere ni salir” (p. 199). En el cuento, un minero novato lo mira al Tío y se obsesiona con él: “Me paraba frente a él, mirándolo, y si algún día no hubiese tenido que trabajar, seguro toda la mita yo me la pasaba mirándolo y mirándolo” (p. 200). El Tío obsesiona y atrae al narrador. Al final del cuento, las miradas se subvierten: el minero novato es el Tío, mira desde los ojos de este.

En *Cuentos mineros* se concreta de manera descarnada lo que se veía como amenaza o como telón en *Interior mina*: la violencia del Estado. “¿Ha venido el ejército?” (p. 371), pregunta un personaje. En “Hundimiento de la mina Bolivia” se siguen las historias mínimas de muchos personajes desarrollados por Poppe y su relación con el derrumbe de la mina. Poppe narra el hundimiento final. En ese “pleno hundimiento” también se lee desde lo simbólico la violencia social y económica que desgasta el cuerpo de los mineros.

Uno de los aciertos mayores de este volumen editado por la BBB es poner en el mismo espacio textual dos libros que en su oposición permiten distintas miradas sobre la experiencia del minero. Este volumen es también un diálogo de miradas, no solo temáticas, sino, por ejemplo, formas de mi-

rarlo al Tío. Lo más obvio es que *Interior mina* es un relato testimonial y *Cuentos mineros* es un volumen de cuentos ficcionales. Pero esto entraña más. Por ejemplo, la diferencia entre la focalización de los narradores genera distintas lecturas. La fragmentación de *Cuentos mineros* se opone a la progresión marcada de los días en *Interior mina*. En este, Poppe dice: “No pasó ni el mes y el otro murió con mal de mina. Muchos me dijeron que al enfermo de silicosis la mina le preserva la vida. Gente que sale de vacaciones o se retira de la mina para irse a otros lugares, muere al poco tiempo. Les hace falta seguir trabajando para mantenerse vivos” (p. 115). De la mina no se sale, para seguir viviendo hay que seguir trabajando en ella (o escribir sobre los que la habitan), meterse a sus entrañas, pedirle permiso al Tío.